A TRAVÉS DEL ESPEJO J.F. Yvars

Aventura en Montserrat

He participado en la presentación de la pintura de André Masson en el espacio Marc Domènech del Eixample con la presencia de Diego, hijo del artista, nacido en Tossa en los días mágicos del lustro republicano que concluyeron en lanzas. Pienso que la experiencia de Masson entre nosotros vale la pena rescatarla para el atento lector actual. En marzo de 1934 la pareja Rose Maklès y André Masson cruza la frontera pirenaica y escapa hacia Andalucía, una peripecia compartida a pie, paso a paso y día a día. Tras una brusca y enigmática semana de recuperación en París, y ahora por vía marítima, recalan en Tossa, entonces una colonia extranjera de huidos del furor bélico europeo de 1914.

Masson pretendía alcanzar cierto dinamismo armónico –naturaleza, sensibilidad e intuición plástica– que enriqueciera la percepción artística y atemperara las convicciones del estilo y dicción surrealistas mediante el silencioso escrutinio del entorno natural y mítico de un país aún inexplorado. Y encontró en Tossa un asequible refugio mediterráneo a cuyo encanto pronto sucumbiría el incisivo antropólogo Georges Bataille, con quien Masson fabularía la revista *Acéphale* que entre 1936 y 1937 iba a dar cuenta puntual de las obsesiones mitográficas compartidas: la desbordante energía del ojo, el valor de la imagen y la palabra en una nueva definición del desván del inconsciente. Curiosamente, Masson descubre en Tossa la versatilidad disolvente del color y la gestualidad en la propuesta de un nuevo lenguaje figurativo genuino, en contrapunto nada disimulado con el sutil y desde entonces fulminante universo sensible de Joan Miró, decisivamente plástico.

Masson comparte la fascinación rural que intriga a su amigo Miró, la convicción diáfana de que "la fuerza del hombre procede de la tierra". Una tierra ahora árida y devastada en la que sólo el pino, el olivo y la bíblica vid enraízan con esfuerzo. "La tierra no esconde ni sus arrugas ni sus cicatrices", escribe desde Extremadura, cuando el azar iba a depararle una manifestación trascendente que lo acompañará de por vida. La experiencia confusa de una suerte de panteísmo terrenal marcó su deriva sensible, y coloreó con toque genial su peculiar surrealismo artístico. Masson ha relatado su insólita aventura en Montserrat: "Nos hospedábamos en el monasterio que se encontraba a 800 metros sobre el mar. Un día nos entretuvimos en una puesta de sol que yo esbozaba. El sol desaparecía por el lado aragonés, puesto que esa montaña es como el Sinaí, una especie de sierra... Resbalábamos continuamente y no podía mantenerme en pie; al anochecer habíamos perdido el camino de regreso... Nos hallábamos sobre una plataforma diminuta y a la vista aparecía el abismo. Fue entonces cuando sufrí una crisis nerviosa –secuela de una dolencia anterior, a consecuencia de una herida de guerra. Mi mujer propuso: aquí no podemos quedarnos, hay que subir de nuevo. Sufríamos de un doble vértigo: por

***Paisaje en forma de pez* (1941)**

un lado el abismo y por otro el cielo con sus estrellas fugaces. El cielo mismo semejaba un abismo... El mareo de la altura confundido con la atracción del fondo. Y de pronto me encontré en una especie de remolino vertiginoso, casi un vendaval. Absolutamente histérico creí que estaba perdiendo la razón. Por fin logramos subir otra vez sujetándonos en bojes y madroños, y en la cima esperamos hasta el alba. Cuando llegó, el espectáculo cambió: el mundo al fondo estaba totalmente cubierto de nubes, sólo destacaba el lugar donde nos encontrábamos. Era sublime. Estábamos sobre un promontorio rocoso como Moisés esperando la presencia del Señor. Cuando descendíamos un monje se extrañó al vernos llegar. Cuando mi mujer le contó que habíamos pasado la noche en la cumbre, exclamó: caramba. La hospedería no estaba abierta pero se podía escuchar la música, el coro de niños, absolutamente parecida al *Parsifal*, con los sacerdotes celebrando la misa. Aunque nos moríamos de frío todo era fantástico. Uno de los momentos de mi vida más sorprendentes. Lo cósmico y lo religioso unidos de golpe por una aventura. Unos viajeros se extravían en la montaña y presencian el ocaso del astro solar y su renacer. Luego descienden a un lugar sagrado donde parece que tiene lugar un acontecimiento mágico, de ninguna manera la muerte de Cristo".

Masson describe en imágenes deslumbrantes la muerte y resurrección de la energía cósmica, la función mediadora de la tierra y la fuerza poderosa de lo desconocido. Una vivencia que sólo un racionalista convencido podía sentir, a pesar del imaginativo ropaje surrealista que la envuelve. El recuerdo de una jornada secreta e imborrable. Masson nunca volvió a Catalunya.